

macia á la casa del enfermo. Así pudo decir con razón y fundamento entre las palabras sacramentales de su agonía esta consoladora. «Dulce me era vivir por la libertad del pueblo; pero me es más dulce expirar en los brazos del pueblo.» A la verdad, el dolor no tuvo límites en París, ni tendrá expresión posible en la Historia. Entre los que le vieron morir pasaron escenas espantosas, pues su médico creyóse demente y su secretario tiró á degollarse; entre la muchedumbre se exhaló un clamor semejante al silbido del viento, al hervidero del Océano, al resuello de los volcanes; cerráronse todos los teatros y suspendiéronse todos los bailes; por las encrucijadas los oradores de guardacantón pronunciaron oraciones fúnebres que el pueblo oía con silencioso recogimiento, y por las calles los ciegos y vendedores públicos ofrecían á gritos su retrato, sus frases sus arengas; el Ayuntamiento de París corrió á la Asamblea, á aquella Asamblea llorosa, enlutada, viuda, y le propuso consagrar la iglesia de Santa Genoveva á los grandes hombres, convertida en Panteón nacional, y colocar en su centro los despojos del llorado orador; guardó la milicia toda la carrera que conducía desde el lugar de su reposo, y le acompañaron más de cien mil admiradores; inundáronse las calles de gentes y cubriéronse de gentes hasta las cimas de los tejados; á la cabeza del cortejo iba Lafayette, ese representante tímido, pero caballeresco, de la revolución que incendiara dos mundos, tras Lafayette el presidente de la Asamblea, rodeado de doce ujieres, tras el presidente la representación nacional entera; tras la representación nacional entera, el club de los jacobinos, con aires de soberanía; tras el club de los jacobinos, esa inmensa muchedumbre, que levantaba á los cielos como una especie de fúnebre rumor acompañado por el redoble de los tambores destemplados, por el estridor de los clarines plañideros, por el lamento de los oboes luctuosos, por las descargas de veinte mil naciones, por los cantos fúnebres del clero medio juramentado: sublimidad aumentada en las sombras, cuando al venir la noche con sus tinieblas y encenderse las fúnebres antorchas con su mezcla de llama y de humo, entraba el féretro escoltado de todo un pueblo por el intercolumnio corintio y bajo la rotunda romana del Panteón, como pudiera entrar la imagen y el simulacro de todo un Dios en sublime y eterna apoteosis.

¿Quién había de decir lo que pasó dos años más tarde? No era esta noche luminosa de Abril en que brillaban tierra y cielo como si mutuamente se disputasen aquella gloria inmortal; era triste mañana de Octubre, en que el aire estaba cargado de vapores y el suelo cubierto de humedad. No se oían ni músicas ni cantos, sino el ruido siniestro de unos cuantos pasos en las losas del suelo y de unas cuantas piquetas en las losas de un sepulcro. Rígido y frío covahuelista, de esos que cumplen su deber con fidelidad mecánica, obediendo las disposiciones de la superior autoridad como los cuerpos obedecen las leyes de la gravitación, dirigía la empresa de arrancar á su templo los huesos del grande hombre, sin temor alguno á que, herido por aquella profanación, se levantara del sarcófago y consu-

miera con una de sus miradas de fuego y aniquilara con uno de sus apóstrofes de horror á los irreverentes profanadores. La convención, ebria de sangre, coronada de sombras, demente de terror, no se contentaba con guillotinar á los vivos, sino que, sustituyéndose á la Historia en el tiempo, y á Dios en la eternidad, atormentaba también á los muertos. Y las piedras del sepulcro de Mirabeau fueron arrancadas y su ataúd arrastrado, y sus huesos movidos por atrevidas manos, tan frías y tan crueles en aquel ejercicio, como las garras y las quijadas de las feroces hienas movidas por el hambre. Y lo pudieron todo impunemente. Aquella mano, que deshizo la corona de los Reyes, no se movía para soterrarlos; aquel esqueleto que, encendido por el fuego de la vida y animado por el calor de la sangre coronara las cimas de la tribuna francesa, no se irguiera irritado; aquella frente, que, como los altos montes, llevaba volcanes y ventisqueros, nubes y rayos, aludes y tormentas, no lanzó fulminante idea; aquella lengua que sonara como la campana llamando á los vivos y planeando á los muertos en los tempestuosos confines de dos edades, no pudo despedir una palabra aterradora; y los desenterradores jugaron con sus despojos como los niños juegan con sus fichas y sus bolas, sin que al ruido se estremeciese y se abismase la tierra; antes orgullosa de sustentar tanta y tan desmedida grandeza. Y en la noche, sin respeto, sin duelo, sin conocimiento quizás de lo que hacían, volcarónlo en tosco ataúd de pino y condujéronle al cementerio de los ahorcados, y á la fosa común que se tragaba en el olvido las generaciones, y no poniendo señal ninguna para indicar á los venideros la última morada de aquel gigante, cuyo renombre apenas cabe ahora en la Historia. ¿Hay algo más triste? ¡Oh, gloria, oh, tenue y despreciable humo, cómo te vengas de los mismos á quienes exaltas, y cómo tus coronas, que por fuera parecen de laurel, son por dentro de espinas!

La crisis de la revolución de Francia queda en la Historia como la mayor y la más violenta explosión de ideas que recuerdan los siglos. Muchas veces la idea, el impalpable éter, la misteriosa esencia, el alma de los hechos, la substancia de las instituciones y de las leyes, se apodera de un hombre y lo domina con tanto imperio que pierde todo el egoísmo encerrado en nuestro natural instinto de conservación, y lleva por milagrosos hechos, y por cruentísimos sacrificios, á mártir de una causa y á redentor de cien generaciones. En la revolución francesa, en ese instante creador, en esa hora providencial, en ese génesis de nuestros tiempos y de nuestra sociedad, la idea con su incontrastable poder asciende como sangre exuberante á la cabeza de todo un pueblo, y engendra exaltaciones verdaderamente extraordinarias, y seméjase en verdad á los elementos, á la tierra, al agua, al aire, al fuego, porque, necesaria, como éstos á la vida, si la medimos y la graduamos con arreglo á nuestras necesidades, cuando se exagera, nos consume como el fuego convertido en incendio, nos derriba como el aire convertido en huracán, nos anega como el agua convertida en inundación, nos entierra como el suelo mismo de que nos nu-

tramos en que nos sustentamos, abierto y desgarrado por los violentos terremotos. Vive nuestro siglo de las ideas que esparciera la Revolución, como los campos á veces de las inundaciones que los desvatan; pero no podemos desconocer el carácter trágico de una edad, cuyos protagonistas todos arrojan su vida enteramente al remolino en los combates y mueren muerte de horror y de violencia. Jamás, en ningún tiempo, los hechos históricos fueron tan extraños, como nacidos de voluntades arrebatadas por los ímpetus de la exaltación y del delirio. Jamás, en ningún tiempo, sucediéronse catástrofes que más inspiraran desconfianza de la suerte de nuestra especie en la tierra y que mayores gérmenes contuvieran de regeneración para los individuos y de progreso para las naciones. Época ópima en casos varios; tan llena de sucesos que apenas puede contenerlos en sus páginas la Historia, ni contarlos en sus períodos el tiempo; época que vió los tronos convertidos en cadalsos y las diademas fundidas por el rayo; los príncipes, á quienes ungieran los Pontífices, tocados por las manos del verdugo y caídos sobre las tablas de las guillotinas; las guerras civiles más feroces complicadas con las guerras extrañas más horribles, los alemanes amenazando por el Rhin y los españoles por el Pirineo y los saboyanos por los Alpes y los rusos y los austriacos moviéndose en son de guerra, y desde la isla de Cádiz hasta la península de Noruega y desde el Guadalquivir hasta el Volga todos los Reyes en armas sin amedrentar á aquel pueblo en delirio; derribados los altos castillos donde se elevaban los antiguos privilegios y levantadas las Asambleas que promulgaban los nuevos derechos al siniestro resplandor de la tempestad; una capital convertida á la dictadura sobre toda la nación y un municipio á la dictadura sobre toda la capital; los sublimes heroísmos confundidos con los tristes desmayos; las victorias épicas alcanzadas por la desesperación ó por la demencia; todos conjurados y todos blanco de la conjuración universal, todos perseguidores y todos perseguidos, todos verdugos y todos víctimas; resultando de esto desenlaces tan extraños en crisis tan continuas que á veces tenemos duda si los vendedores son los castigados y los tiranos los opresos, y si todos contribuían en conciencia y adrede al inmenso holocausto, de cuyas piras surgió más libre la humanidad que parecía perdida, y más hermosa y más resplandeciente la tierra, que parecía anegada en aquel diluvio de lágrimas y sangre.



CAPITULO TRIGÉSIMO-QUINTO

Luchas religiosas y algunos de sus precedentes históricos.

No cabe dudarlo. Después del principio de los humanos derechos; después del traslado de la soberanía permanente desde la persona única, del Rey á la personalidad social que se llama pueblo, después de aquellas declaraciones, á cuya virtud se apartaban la nación y la monarquía, lo que más aterró á la corte, lo que llegó por completo á su alma, fué su problema religioso indisolublemente maridado con la cuestión política del Rey tradicional y de sus esencialísimas facultades. El clero y la corte, largo tiempo separados, habíanse por completo unido en el período que se dilata desde los primeros Valois á los Borbones últimos. Y como en la revolución corría gran riesgo el viejo principio cortesano de la monarquía tradicional absolutista, le acompaña en este riesgo el principio religioso de la Iglesia católica, intolerante ú oficial. Esta, que tanto partido sacara de su antigua unión estrecha con los reyes, no quería seguir la misma suerte de sus aliados al despertarse los pueblos. Así, cuando en virtud y por obra de su indudable soberanía, la nacional Asamblea francesa dió el decreto aboliendo los diezmos antiguos é incautándose de los bienes amortizados, la Iglesia llamó robo á una medida congruente con la supremacía eminentísima del Estado. No puede negarse que la Iglesia tiene un grande carácter social cuando goza, como en los Estados Unidos, de su independencia, y nada espera ó teme del Estado. Pero donde prestara el Estado á la Iglesia su existencia, y como se la prestara puede recogerse, dependen sus facultades y sus bienes, quiera ó no quiera, del Estado mismo. El Estado francés,